

En una década, «Cube» se ha convertido en una película de culto, con alguna indeseable secuela. Siete personas que no se conocían con anterioridad aparecen en el interior de una especie de cubo de Rubik gigante. Pueden moverse de una celdas a otras en busca de una hipotética salida, si bien muchas de ellas esconden trampas mortales (y además, muy desagradables). En tan claustrofóbico escenario, que evoca a la balsa que construyó Hitchcock a sus «Náufragos», el canadiense Vincenzo Natali consigue con diálogos inteligentes y un guión escrito en papel milimetrado que el espectador no se fije en la modestia del presupuesto (medio millón de dólares), que da incluso para algún efecto especial bastante aparente. Natali hace gala de dos grandes virtudes: conoce la naturaleza humana y, quizá por ello, sabe cómo sorprender en cada escena. Tiene el acierto añadido de contar lo indispensable de cada personaje (en un chiste difícil de pillar, todos ellos llevan el nombre de alguna cárcel famosa): un policía, una médica, un experto en fugas carcelarias, una estudiante de matemáticas, un oscuro funcionario que participó en el diseño del cubo, un autista y otro pobre al que no le da ni tiempo de explicar a qué se dedicaba. También como Hitchcock, Natali va al grano y no malgasta ni un plano. Cuenta lo esencial sin desvelar siquiera qué hacen allí sus personajes ni quién es el responsable de todo.

Dicho todo esto, la película, que pulsa con maestría los resortes del lenguaje cinematográfico, suspende en matemáticas de forma clamorosa. La estudiante Nicole de Boer descubre que los números que figuran en la puerta de cada celda indican si hay trampa encerrada. Original recurso, pero ¿cómo es posible que la chica, con su «cerebro privilegiado», necesite pensar varios segundos si los números 372 y 645 son primos? Un estudiante de primaria sabría al instante que no, como cualquier guarismo (qué palabra tan cursi) que acabe en 2 o en 5, excepto el 2 y el 5, claro. Luego, el guión recurre al autista (un genio insospechado de los números, este sí) para resolver lo que De Boer califica como cálculos astronómicos. Dicen los que saben sumar sin los dedos que la operación era mucho más simple.

Tampoco tiene sentido el pesimista final. Una vez sabido que el policía es malo y se ha vuelto majara, los supervivientes logran dejarlo atrás y alcanzar el único cubículo que conduce a la salida (las salas se mueven como si algún gigante jugara con el cubo mágico). Sin embargo, el agente Maurice Dean Wint sortea lo que antes eran trampas infranqueables y encuentra un atajo imposible para llegar a la meta al mismo tiempo, con trágico resultado. Natali, huele a tongo.